



BOLETIN ECLESIASTICO

DE LOS OBISPADOS DE

SALAMANCA Y CIUDAD-RODRIGO.

NOTICIAS DEL PRELADO.

Sabemos que S. E. I. continúa sin novedad dedicado á los importantes trabajos del Concilio vaticano. Deber nuestro es pedir á Dios le conceda buena salud, y tengamos pronto el consuelo de verle entre nosotros para nuestra direccion.

*Alocucion pronunciada el dia ocho de Diciembre por
Nuestro Santisimo Padre al inaugurar el Concilio del
Vaticano.*

Venerables hermanos: Grande es nuestra alegría al considerar el insigne y singular beneficio que Dios nos ha concedido de poder celebrar el Concilio écuménico por Nos convocado, beneficio que pediamos á Dios con todo fervor en nuestras oraciones. Por ello se regocija nuestro corazon en el Señor, y se llena de increíble consuelo en este felicísimo dia consagrado á la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Madre de Dios, al veros á vo-

sotros que estais llamados á tomar parte en nuestros cuidados, cada vez mayores, reunidos en esta fortaleza de la religion católica, y Nos congratulamos con vuestra presencia.

Estais ahora, Venerables Hermanos, congregados en nombre de Cristo (Matth., 18, 20) para dar con Nos testimonio del verbo de Dios, para enseñar con Nos á todos los hombres el testimonio de Jesucristo (Apoc., 1. 2.), y el camino de Dios en la verdad (Matth., 22, 16.) y para juzgar con Nos bajo la inspiracion del Espíritu Santo de las oposiciones de la falsa ciencia. (I, Tim., 6, 20.—Act. Ap., 15, 19.)

Porque más especialmente que nunca en este tiempo en que verdaderamente llora y se desmaya la tierra infestada por sus habitantes (Isaía, 24, 4, 5.) el celo por la gloria divina y la salud de la grey del Señor, exigen de nosotros que demos una vuelta alrededor de Sion, y la examinemos por todas partes y contemos sus torres y consideremos con el ánimo cuán fuerte es. (Ps. 47, 11, 12.)

Ved, en efecto, Venerables Hermanos, con cuánto furor el antiguo enemigo del género humano ha acometido y todavía acomete la Casa de Dios, á la cual va unida la santidad; él hace que se propague ámpliamente esa funesta conspiracion de los impíos, fuerte por la union, poderosa por la riqueza, provista de estatutos, y valiéndose de la libertad para encubrir su malicia (I, Petr., 2, 16.) no cesa de promover contra la santa Iglesia

de Cristo una cruelísima guerra llena de toda clase de maldades.

Vosotros no ignorais qué clase de guerra es esa, cuál es su fuerza, cuáles sus armas, sus progresos y sus divisas. Vosotros estais viendo continuamente con vuestros mismos ojos la perturbacion y confusion de las sanas doctrinas, de lo cual se derivan los trastornos humanos, cada uno en su órden, el lamentable menosprecio de todo derecho, las múltiples artes de mentir audazmente y de corromper, de las cuales resulta la relajacion de los saludables vínculos de la justicia, de la honestidad y de la autoridad, se encienden las más infames concupiscencias, se arranca de los corazones la fé cristiana, de tal manera que sería de temer en estos tiempos la ruina de la Iglesia de Dios, si esta pudiera desaparecer por alguna suerte de maquinaciones ó por el esfuerzo de los hombres. ¿Pero qué cosa más poderosa que la Iglesia, decia S. Juan Crisóstomo. La Iglesia es más fuerte que el mismo cielo. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ¿Qué palabras? Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (Homil. *Ante exil.*, n.º 1.)

Más aunque la ciudad del Señor de las Virtudes, la ciudad de nuestro Dios, descansa sobre inespugnables fundamentos todavía conociendo y lamentando de lo íntimo del corazon tanto conjunto de males y tanta ruina de las almas, para evitar los cuales dariamos hasta la vida, Nos que hacemos en la tierra las veces del Eterno

Pastor y que necesitamos más que otro alguno abracarnos en el celo de la casa de Dios, juzgamos que debemos seguir el camino y emplear el modo que parezcan más útiles y más oportunos para resarcir á la Iglesia de tantos daños.

Y recordando con frecuencia aquellas palabras de Isaías, *Ini concilium, coge consilium*, y considerando que este remedio fué adoptado con feliz éxito por nuestros predecesores en los tiempos más difíciles de la Iglesia, despues de largas oraciones, despues de consultado el consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana decidimos convocaros, oh, Venerables Hermanos, que sois la sal de la tierra, guardias y pastores de la grey del Señor; y hoy, por favor de la misericordia divina, que quita tantos obstáculos, inauguramos con el antiguo solemne rito esta santa reunion.

Son, pues, tantos y tan abundantes los sentimientos de caridad de que Nos hallamos poseidos, Venerables Hermanos, que no podemos contenerlos en el pecho. Nos parece ver en vuestras personas toda la familia cristiana, á nuestros queridísimos hijos presentes á Nos. Pensamos en tantas pruebas de amor, en tantas obras de ánimo ferviente con las cuales, á ejemplo vuestro, á vuestro impulso y con vuestra guia, han demostrado y demuestran su devocion á Nos y á esta Sede Apostólica, y considerando esto, no podemos menos de dar testimonio en esta gran reunion con expresiones públi-

cas y solemnes de nuestro grande reconocimiento hácia todos aquellos, y al mismo tiempo pedimos de corazon al Señor que la prueba de su fé, mucho más preciosa que el oro, sea hallada laudable, gloriosa y honrosa en la manifestacion de Jesucristo (1, Petr., I, 7.)

Consideramos además la mísera condicion de tantos hombres que, engañados huyen del seno de la verdad y de la justicia, y por tanto de la felicidad verdadera, y ardientemente deseamos poder ayudarles á salvarse, recordando al Divino Redentor y Nuestro Maestro Jesus, que vino á salvar á todo el que estaba á punto de perecer ó habia perecido. Fijamos luego los ojos en este trofeo del Príncipe de los Apóstoles en que nos encontramos, en esta alma ciudad que por gracia de Dios no fué abandonada á la devastacion de las gentes, en este pueblo romano carísimo á Nos de cuyo constante amor, fidelidad y obsequio estamos rodeado, y Nos sentimos movido á exaltar la bondad de Dios que ha querido especialísimamente en este tiempo sostener y confirmar en Nos la esperanza en la divina proteccion.

Y en particular se fija nuestro pensamiento en vosotros, Venerables Hermanos, en cuya solicitud, concordia y celo está ahora colocada la fuerza para hacer resaltar la gloria de Dios; reconocemos el fervoroso ardor que habeis mostrado por cumplir con vuestro deber, y especialmente la admirable y estrechísima union de todos vosotros con Nos y con esta Sede apostólica, lo cual no

puede ser más caro para Nos ni más útil para la Iglesia, como en otras ocasiones de amargas angustias lo fué; y tan grandemente nos alegramos en el Señor viendo vuestros ánimos así dispuestos en el Señor, que no podemos menos de concebir cierta y firme esperanza en que de esta vuestra union tendremos los más copiosos y deseados frutos. Así como nunca se hizo guerra más astuta y encaminada al reino de Cristo, así tampoco nunca fué más precisa la union de los sacerdotes del Señor con el Pastor supremo de su grey, la cual union da una fuerza admirable á la Iglesia; union que, por singular don de la Divina Providencia y por vuestra egrégia virtud subsiste constantemente y es maravilloso espectáculo, que confiamos será siempre tal y más aun, para el mundo, para los ángeles y para los hombres.

Así, pues, venerables hermanos, confortaos en el Señor; y en nombre de la Santísima Trinidad, santificados en la verdad, vestidos con las armas de la luz, enseñad con Nos el camino, la verdad y la vida al género humano, que gime desquiciado con tantas desgracias; ayudadnos para que pueda volver la paz á los reinos, la ley á los bárbaros, el sosiego á los monasterios, el órden á las Iglesias, la disciplina á los Clérigos, á Dios el pueblo aceptable. Dios está en su lugar santo y presente á nuestros consejos y nuestros actos; Él mismo nos ha elevado á ministros y coadjutores en una obra tan grande de su misericordia, y quiere que trabajemos en este ministerio de manera que en todo este tiempo con-



sagremos únicamente á Él las inteligencias, los corazones y las fuerzas.

Pero concedores de nuestra flaqueza, desconfiando de nuestras fuerzas, á Tí levantamos con fé los ojos, y dirigimos nuestras súplicas, oh, Divino Espíritu; Tú, oh fuente de luz verdadera y de ciencia divina, llena nuestra mente con la luz de tu divina gracia, para que podamos ver qué cosas son rectas, saludables y óptimas; rige, abrasa, gobierna los corazones, para que los actos de este Concilio empiecen rectamente, continúen con felicidad y terminen saludablemente.

Tú, oh Madre del hermoso amor, de la inteligencia y de la santa esperanza, Reina y defensora de la Iglesia, recibe nuestras discusiones y nuestros trabajos en tu maternal proteccion y tutela, y haz con tus ruegos para con Dios, que permanezcamos siempre unidos de espíritu y de corazon.

Y vosotros tambien, secundad nuestros votos, oh ángeles y arcángeles, y tú, oh Príncipe de los Apóstoles, beatísimo Pedro, y tú, su coapóstol Pablo, doctor de las gentes y predicador de la verdad en el universo mundo, y vosotros todos, oh Santos del cielo y aquellos cuyas cenizas veneramos, haced con vuestras poderosas oraciones que todos nosotros cumpliendo fielmente nuestro ministerio, en medio del templo de Dios recibamos la misericordia de Aquel á quien sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos.

DISCURSO PRONUNCIADO

*el día de la apertura del Concilio ante el Sumo Pontífice y los
Padres reunidos,*

POR

MONSEÑOR LUIS PUECHER PASSARALI,

ARZOBISPO DE ICONIO, «IN PARTIBUS» Y VICARIO DE LA BASÍLICA
DEL VATICANO.

Santisimo Padre:

Elegido para inaugurar la más santa y la más grande de las cosas que puede haber en el mundo, sintiéndome incapaz de cumplir con semejante encargo, confieso que, en mi temor, me hubiera apresurado á eximirme de este trabajo, si aquel, que con el imponente resplandor de la plena majestad sacerdotal preside nuestra Asamblea, no me hubiese animado y confortado. Aunque inferior en edad, en talento, en autoridad y en méritos á mis colegas en el episcopado, acepté, sin embargo, humildemente este deber, puesta la confianza en estas palabras del Espíritu Santo: *El hombre obediente contará sus victorias.* (Prov. XVI, 28.)

Además no ha contribuido poco á decidirme otra razón. Nacido en la ciudad donde la Iglesia católica celebró su último Concilio, tanto y tan justamente alabado y considerado por todos como un acontecimiento milagroso he pensado que la divina Providencia que se complace frecuentemente, como sabemos, en jugar con las co-

sas humanas, me habia dado la preferencia en esta ocasion, por la solicitud del Vicario Supremo de Jesucristo, á fin de recordaros, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la Providencia divina esparció entonces por el mundo cristiano mediante aquel Concilio, y cuyo recuerdo debe encender en nuestras almas la esperanza castísima de que ella estará tambien con vosotros, y en sus misteriosos designios dispondrá todas las cosas para el bien de la Iglesia.

Grandemente reanimado por estas consideraciones, cobro aliento para cumplir con fiadamente con el deber que la obediencia no ménos que el designio providencial de Dios me ha impuesto, y para inaugurar esta Asamblea de la Iglesia uuiversal con las palabras de David: *Ibanse tristes echando las simientes, y vuelven gozosos trayendo la cosecha.* (Ps. CXXV, 7, 8.)

Estas palabras, en efecto, me parece que pintan bien y presentan á nuestros ojos el triste estado de lo presente y el alegre horizonte de lo porvenir,

Ninguno de vosotros, venerables Padres, ignora seguramente que las palabras que acabo de recordar han sido especial y justamente aplicadas por la Iglesia á los Apóstoles y á su divina mision. Porque vosotros sabeis, con arreglo á la promesa que Jesucristo les hizo: *os enviaré el que mi Padre os ha prometido; pero permaneceréis en la ciudad hasta que esteis revestidos con la fuerza de lo alto* (Luc. XXIV, 49), de qué manera los Apóstoles, llenos y nutridos del Espíritu divino, se pusieron á

predicar la doctrina evangélica por toda la tierra. Sabeis de qué modo, abundantemente provistos por el Verbo de la divina simiente de la doctrina celestial, la sembraron á manos llenas por toda el haz de la tierra, maldita al principio por las faltas del hombre, y convertida en cuarenta siglos, como dice Leon el Grande de Roma, en una selva llena de animales feroces, en un oceano de tempestuosas profundidades. Sabeis, y me parece que lo veis aquí con vuestros propios ojos, cómo esos pobres pescadores, privados de todos los auxilios en que se funda la confianza humana, han atravesado solos la inmensidad de los mares, penetrando sin armas en tierras cercadas de desiertos ó inaccesibles por las montañas, recorrido sin baston y sin alforja reinos y provincias dilatadísimos, y todo (¿quién lo hubiera creído?) únicamente por libertar de vergonzosa esclavitud y poner bajo la dominacion de la Cruz del Señor á naciones bárbaras unas y corrompidas por sus usos y costumbres, enorgullecidas otras por las letras y las ciencias, pero embrutecidas como aquellas por vicios y torpezas de todo género.

En semejante empresa hubieron de sufrir grandes males y rigores, y llevar en paciencia injusticias y persecuciones. Acabaríase el día si yo quisiera dibujar todas estas cosas con la palabra, porque son innumerables y casi indecibles. «Ignoro, exclamaba el mismo Crisóstomo, á quien una meditacion continua habia, sin embargo, enseñado y revelado todo: ignoro *cómo hablar de vuestras aficciones despues de haberlas contemplado*, de

esas prisiones santificadas por vosotros, de esas cadenas por vosotros honradas, de esos tormentos que habeis soportado, de las maldiciones que habeis sufrido, de Jesucristo que habeis llevado sobre vosotros, de las iglesias que habeis regocijado con vuestra predicacion.»

En verdad digo que era de los Apóstoles de quien cantaba el Real Profeta: «*Iban llorando, arrojando la simiente.*» ¡Pero mirad, venerables Padres, el admirable efecto de estas lágrimas apostólicas! Como el rocío nocturno en tiempos de sequía cae gota á gota sobre el árido suelo, y la yerba brota, las hojas verdean, se alzan las flores que languidecian, abriendo su cerrado cáliz y esparciendo en los aires mil olorosos perfumes; así la simiente de verdad, esparcida en áridos campos, dió, despues que los regaron las lágrimas de los Apóstoles, frutos tan abundantes, que allí donde no habia mas que tristísima esterilidad, apareció una fecundidad admirable, y en vez de malezas y espinas se ofrecieron á los segadores copiosas mieses de doradas espigas, buenas para ser hechas haces y llevadas á los graneros del Señor.

Bien sabeis que estos fueron los triunfos alcanzados por los innumerables trabajos de los Apóstoles,

En efecto, en presencia de lo abundante de la cosecha, tornáronse las lágrimas en alegría, su júbilo disipó la tristeza, y su corazon debió sentirse inundado de un consuelo tanto mas grande, cuanto más profunda habia sido la amargura que experimentaron, y más grande la recompensa que esperaban alcanzar de aquellos mismos

frutos, cuando se presentasen al dueño de la viña: *Vendrán alegremente trayendo sus haces en las manos.*

Si esto es así, no dudo, venerables Padres, que al explicaros la condicion de los Apóstoles, he explicado cuál es hoy la vuestra. Veo, en efecto, que habeis acudido gozosos á esta augusta Asamblea, de los países más remotos, pero veo tambien las arrugas de vuestras frentes, vuestras cabezas inclinadas bajo el peso de los cuidados, vuestros corazones abrumados de dolor por la espantosa pérdida de almas causada por el antiguo enemigo del género humano, y por los males todavia más grandes que prepara para lo porvenir. Veo, digo que habeis venido á este místico cenáculo á fin de que comunicando vuestras fuerzas y acuerdos recojais una semilla más abundante de verdad y justicia. Y en hecho de verdad, no será fallida vuestra esperanza como evidentemente lo demuestra la misma gravedad de las materias de que debe tratar este sínodo.

Y no se me atribuya el intento de adivinar vuestras sapientísimas resoluciones, si fijándome en las líneas luminosas tan estensamente trazadas por nuestro Augusto Pontífice, me atrevo á asegurar que se os facilitarán todos los medios para sacar de este sínodo la más rica abundancia de esta celestial semilla. Se procurará, en efecto, investigar los medios más convenientes para conducir á esas claras é inagotables aguas del Salvador al pueblo cristiano que bebe hoy en los manantiales envenenados y corrompidos del error, y de qué manera se podrá vi-

gorizar la accion bienhechora de la Iglesia, ora dándole nuevas formas, ora fortaleciéndola con nuevas armas para que, segun el fin de su institucion divina, pueda penetrar en caminos no recorridos todavía, y abrirse poco á poco nuevos senderos, por cuyo medio pueda con más seguridad y eficacia difundirse en cada uno de los miembros del cuerpo místico de Cristo, la virtud y gracia del Paráclito.

Veremos así mismo cómo podrán aunarse de tal manera las fuerzas vivas de los fieles que se sientan capaces de resistir á los furiosos esfuerzos del ateismo, de la hipocresía y de la impiedad, anularlos, quebrantarlos y destruirlos; de qué manera, en una palabra, se podrá reanimar el espíritu y la vida de los cristianos, de modo que se les haga resplandecer con aquella misma luz divina con que brillaron en la tierra, cuando nuestra religion, esa magnífica y amadísima hija de Dios, purificada por el Sacramento del agua y de la sangre que manaron del costado del Salvador, descendió del Calvario para apoderarse del mundo que habia recibido en herencia.

Tal es la idea que debe formarse de esta grande Asamblea. No puede hablarse de ella de otra manera, porque ¿quién podría comprender suficientemente la naturaleza y grandeza de la caridad pastoral que debe surgir de ella como de otro cenáculo? ¿Qué potente manantial de sabiduría no brotará de aquí, cuando uniendo para el bien comun no solo los pensamientos de vuestro entendimien-

to, sino tambien los afectos de vuestros corazones, procedais con el mayor cuidado y examineis profundamente las necesidades tan grandes de la humanidad entera? Indudablemente, al dar por terminada esta grande obra, y al salir de Roma, de esta nueva Jerusalem, para regresar á vuestras diócesis, volvereis enriquecidos con un inmenso tesoro de doctrinas y virtudes. Los reinos de Europa, las extremidades del Asia y las islas del Oceano, los paises de Africa y América os acogerán de nuevo, y os verán, enteramente inflamados del fuego del Espíritu Santo y tornados en hábiles agricultores, desmontar terrenos hasta ahora incultos, sembrando los campos y cavando las viñas para que produzcan nuevos frutos ó los den abundantísimos.

Pero entonces, venerables hermanos, comenzará el trabajo; entonces vendrán las amarguras y los dolores sin cuento, y entonces comenzarán á cumplirse en vosotros aquellas palabras de Daniel: «Iban, y al caminar echaban por delante la simiente y lloraban.» Porque cuando tengais que poner mano á la obra vereis con qué enemigos tan poderosos tendreis que combatir. Por un lado los filósofos y los hombres políticos, como ellos se llaman; por otro los príncipes, los reyes y los mismos pueblos formarán una vasta conjuracion para hacer fracasar los designios de nuestra piedad y los beneficios de nuestro celo. Y por otra parte los hombres impíos tambien se reunirán y ora profesando abiertamente el ateismo, ora bajo el manto de una repugnante hipocresia, remo-

verán todas las piedras á fin de arruinar hasta en sus fundamentos la misma religion católica, si esto fuera posible.

¡Ah! ¡Qué combate entreveo próximamente! ¡Qué combate tan prolongado! ¡Cuántos enemigos obstinados é implacables tendremos que vencer! Añadid á esto la llaga quizá mayor de todas, cual es la indiferencia de la multitud que aflige á la Iglesia de Jesucristo y hace que los paises más cultivados y más ricos en la vida espiritual se conviertan muy pronto en campos estériles y solitarios, en donde reinen para mucho tiempo la aridez y la muerte.

Sobre esas olas embravecidas, y á través de esos escollos peligrosos tendreis que caminar, venerables hermanos; tendreis que afrontar esas tempestades que nos amenazan y manteneros en medio de ellas como sobre una roca inquebrantable. En medio de ellas es menester que dirijais la nave, hagais un supremo esfuerzo y que apliqueis todo vuestro talento á devolver intacto al padre de familia el bajel que os ha confiado.

Y no hay por qué extrañarse, venerables hermanos, de que así suceda; vosotros sabeis al ménos en parte por experiencia propia y no solamente por lo que á otros ha sucedido, que es imposible que una obra tan grande pueda, no digo ejecutarse con perfeccion sinó comenzarse siquiera sin que haya que afrontar un vasto Oceano de penas y de dificultades. Y en verdad, sería preciso no haber aprendido nunca lo que significa la mision de Cristo

y á quien se aplica la carga sublime del Episcopado, ó bien, y esto seria vergonzoso, ignorar completamente los espantosos males que abruma al género humano, para no descubrir á la primera mirada á qué peligros y á qué contradicciones está expuesto el que lleva sobre sí semejante cargo, y para no temer por el éxito, si uno no está preparado á decir como el doctor de los gentiles: «Entrego mi carne para suplir lo que falta á la pasion de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia.»

Más ¡oh ilustres padres! haced que nuestra alma sea grande y fuerte, porque si es el designio secreto de Dios que la simiente mística de la doctrina evangélica no puede germinar y crecer y producir hermosa hoja y alegres flores, sino regada diariamente por las lágrimas y la sangre de los hombres apostólicos derramadas por la justicia y la verdad, tendremos en abundancia los piadosos y santos consuelos del cielo, porque escrito está: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* (San Mat., V.) No olvidemos que si se ha dicho de los discipulos de Jesucristo y de otros héroes del Evangelio: *Caminaban y al marchar arrojaban la simiente y lloraban,* tambien está escrito: *Vendrán llenos de alegría trayendo las haces en sus manos.*

No olvidemos que si esta palabra profética ha tenido su cumplimiento desde el principio de la Iglesia, de tal suerte que el Apóstol ha podido escribir: *De la misma manera que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así tambien abunda nuestro consuelo;* tambien en

vosotros se cumplirá aquella palabra con tal de que animados del mismo espíritu que nuestros predecesores sigais valerosamente sus pasos, *sabiendo que siendo compañeros en los sufrimientos lo sereis tambien en los consuelos* (Ib., v. 7.)

¿No tenemos, por otra parte, en la facilidad verdaderamente maravillosa con que ha podido reunirse este Concilio de los Padres de toda la cristiandad, no tenemos una prenda segura de la gran recompensa que, por nuestros trabajos, recibiremos en esta vida y en la que Dios nos prepara en el cielo? ¡Quién no ve que por este acto, tan felizmente comenzado, á pesar de las dificultades de toda clase, Dios ha querido presagiarnos todo lo que tenemos derecho á esperar para lo porvenir, si no ponemos obstáculos á este rio de verdad y justicia que pronto se precipitará desde la roca vaticana. Y aquí, sea me permitido recordar con tristeza los profundos dolores del Padre y de los hijos.

Acogidos como á un refugio á la sagrada sombra del Vaticano, considerábamos estupefactos las ruinas inmensas que Satanás amontonaba rápidamente á lo largo y á lo ancho en derredor de nosotros; considerábamos con espanto esas olas cada vez más turbulentas de la impiedad que engrosaban sin cesar amenazando hasta este asilo de la paz; temblorosos, llenos de angustia y pálidos de espanto, esperábamos la hora de repetir, sentados sobre los cimientos conmovidos del templo, próximos á nuestro último instante, estas lamentaciones del

que lloraba por sus hermanos: «*Cuan desierta hoy la ciudad antes tan populosa: la reina de las naciones está como viuda, héla ahí sometida al tributo, ella que era la cabeza de las provincias.*»

Repentinamente un rayo de purísima luz ha roto estas densas tinieblas y reanima nuestra casi muerta esperanza. Un pensamiento habia surgido del alma de nuestro Jefe Supremo que dirige el gobernable del buque. Querria convocar los ancianos del nuevo Israel, los que juzgan con él acerca de la fé, para proveer unánimemente á la defensa del Tabernáculo Santo de Dios, atacado hasta en lo más profundo de sus cimientos por un inmenso número de formidables enemigos.

Al pronto era como niebla de la mañana que desaparece al instante, semejante al relámpago que recorre los cielos. Pero el Paráclito, ese espíritu que procede del Padre y del Hijo y que cubre para siempre esta cátedra augusta con su proteccion, fecunda este pensamiento con los rayos de su luz, é inmediatamente ¡cosa admirable! este pensamiento, á la manera del grano de mostaza que, segun el Evangelio, es el más pequeño de los granos, pero que aumenta, crece por cima de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol, de manera que los pájaros del cielo vienen á reposar en sus ramas; (Mat. XIII, 32) este pensamiento, repito, por virtud soberanamente eficaz, se lanza repentinamente, crece, y en un instante se convierte en gigante.

Y hénos aquí por un milagro del espíritu cristiano,

reunidos todos de todas las regiones de la tierra en esta inmensa basilica. Hénos aquí junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, sepulcro del cual sale eternamente el soplo vigoroso de las virtudes episcopales; hénos aquí junto á los sepulcros de Leon, de los dos Gregorios y de Crisóstomo, de donde se diria que sale despues de tantos siglos un nuevo torrente de elocuencia para regar los campos de la Iglesia Católica. Pero lo que más debe consolarnos y conmover nuestras almas es el vernos cerca de la persona misma de Pedro, que presente todavía y viviendo en sus legítimos sucesores parece exclamar con el mismo impetuoso amor y la misma fé: *Sois Cristo, Hijo de Dios vivo*; y hacernos oír la respuesta sublime del Redentor sentado en el cielo á la derecha del Padre: *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Hé querido, venerables Padres, recordar todo esto para reanimar y fortalecer vuestra confianza, y para que vuestras almas se inflamen cada vez más, y se apliquen con alegría á terminar esta obra, es decir, este santo sínodo, en el cual tienen hoy puestos sus ojos todos los pueblos y la esperanza el mundo entero. Acaso sea para vosotros este Concilio ocasion de muchas y grandes aflicciones y de terribles angustias, más por otra parte ¡de cuán grato consuelo no será origen y cuán alegres triunfos no os proporcionará en vuestra vida!

Por de pronto es preciso principiar la obra con dolor

y con lágrimas, pero despues vendrá el tiempo; (tenemos por testigo de ello al Hijo de Dios mismo) en que la alegría sustituya á nuestros dolores; porque escrito está: En verdad, en verdad os digo, llorareis y permaneceréis llorando; mientras el mundo se regocige estareis contristados, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. (S. Juan, XVI. 20).

Esta promesa no ha de faltarnos si nosotros aplicamos con firmeza nuestras almas al objeto de este Concilio ecuménico, que no es otro que la gloria de Dios y la salvacion de las almas; si nos esforzamos en que este Concilio brille como la piedra mas preciosa de las que adornan la frente del venerable y magnánimo anciano Pio IX; si los fastos de la Iglesia, por último, trasmiten en letras de oro á la posteridad ese testimonio de que la paz de los ánimos, la concordia de las ideas, la moderacion de las empresas, la dignidad de las discusiones, la equidad de los juicios y la prudencia de todas las deliberaciones han denominado el corazon y el alma de los venerables Padres. De tal manera, que el dia en que estas puertas, cerradas ahora, se abran para hacer oír al mundo entero estas palabras: *Visum est Spiritui Sancto et nobis*, la tierra misma sienta el impulso del Espiritu Santo y se reconozca completamente renovada, segun estas palabras: *Enviad vuestro Espiritu, y todas las cosas serán criadas, y renovareis la faz de la tierra.* (Sal. CIII.—30..)

Ojalá que por la intercesion de la Bienaventurada y Gloriosa Virgen Maria cuya Inmaculada Concepcion celebra hoy con alegría el universo mundo, podamos obtener esta gracia de Jesucristo Nuestro Señor y nuestro Redentor, Hijo eterno de Dios, que vive y reina con el Padre y el Espiritu Santo en la eternidad. *Amen.*